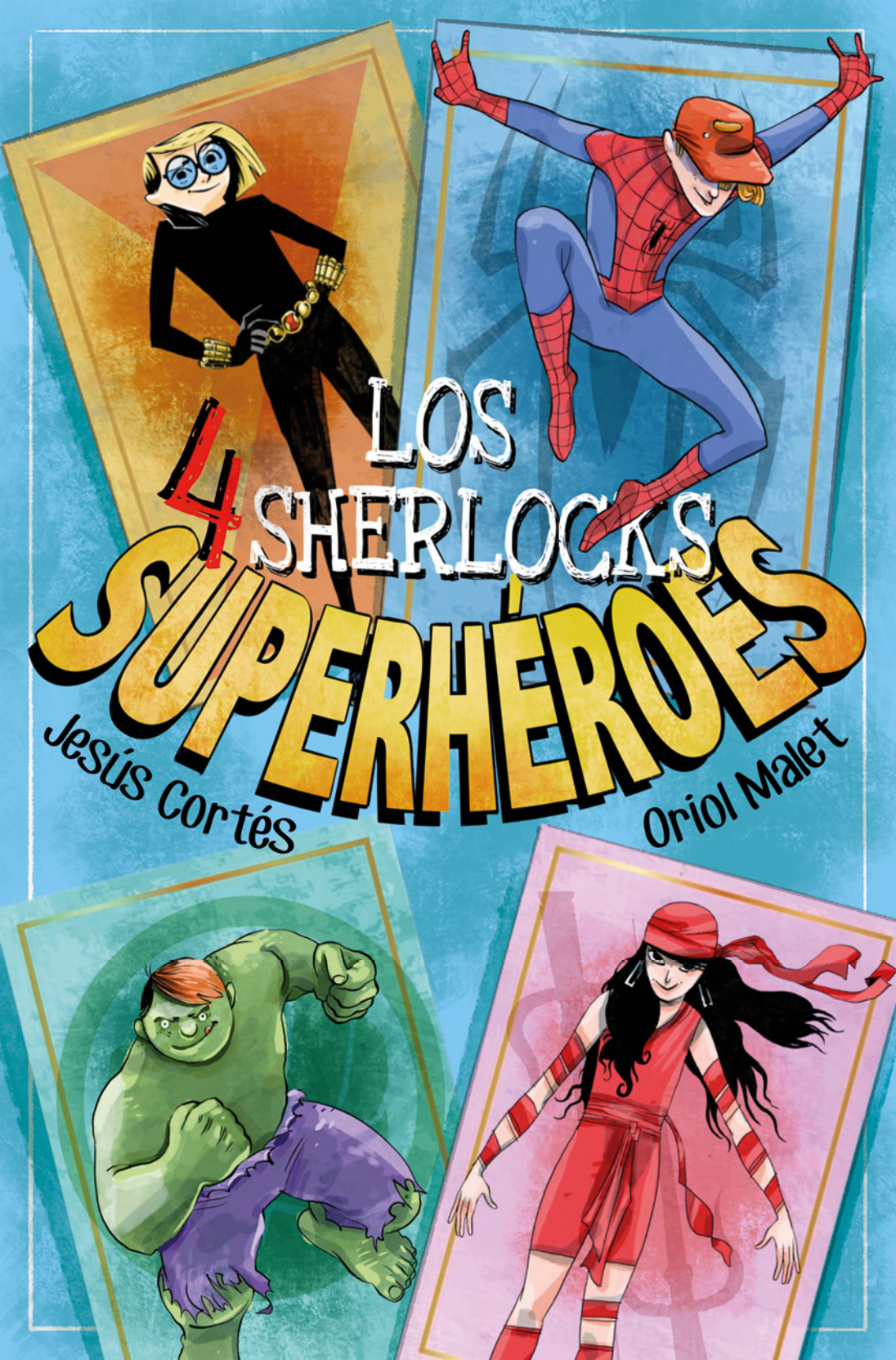
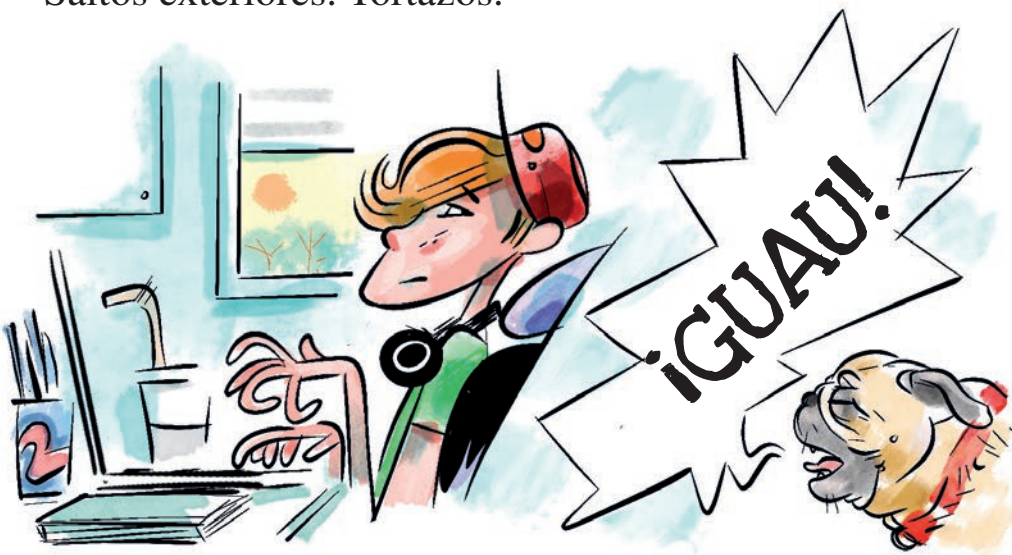

LOS
4 SHERLOCKS
SUPERHÉROES
Jesús Cortés
Oriol Malet

1 Un mensaje misterioso

Watson vino a ladrarme cuando llegó la hora de su paseo.

«¡Guuuau!», me dijo, mientras yo no conseguía quitar los ojos del ordenador. Estaba viendo vídeos en YouTube de saltos en el aparato de gimnasia llamado «potro», o «caballo», según nos dijo Fernando, el profe de Educación Física. Saltos interiores. Saltos exteriores. Tortazos.



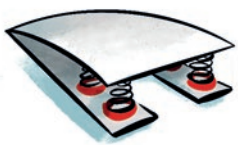
A propósito: me llamo Fran. Una cuarta parte de Watson me pertenece. Las otras tres cuartas partes son de mis mejores amigos, Gomo, Mati y Wen. En San Telmo, nuestro pueblo, nos llaman los Sherlocks por nuestra afición a las historietas del detective Sherlock Holmes. Claro que también nos llaman así porque juntos hemos resuelto algunos casos un tanto especiales. En uno conocimos a Watson y nos lo quedamos. Watson es nuestro perro carlino. De los cuatro. Si no tiene el día gandul, casi siempre nos acompaña a todas partes, menos al cole, claro. De eso se libra. Cada semana lo tiene uno, y esa me tocaba a mí. Todavía era lunes.

«¡Guuuaaau!», insistió Watson viendo que no quitaba los ojos de la pantalla.

Teníamos que saltar el potro del gimnasio del cole, el Lope de Vega. Bueno, toda la clase lo tenía que saltar. Órdenes del profe. Había dos modalidades de gimnasia: la artística y la rítmica. La rítmica era sobre todo para chicas. En la artística se usaban aparatos tanto en la categoría masculina como en la femenina. El potro formaba parte de las dos. Y era lo

que Fernando había elegido para entrenar nuestras habilidades con los saltos.

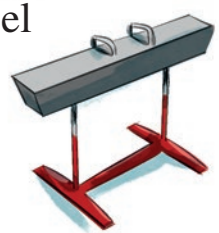
Por suerte, en el gimnasio solo había un potro y un trampolín. Y eran viejos. No había anillas, ni barras paralelas ni ninguno de los otros aparatos de los que nos había hablado Fernando. Lo malo era que solo podíamos practicar en el gimnasio del cole. El polideportivo no contaba con aparatos de esos.



–Guuu...

–¡Que ya voy! –le dije a Watson.

Watson se tragó el «au», se relamió el hocico y sacudió la cola enroscada.



Correa, bolsa para las cacotas.

¡En marcha!

Normalmente paseábamos a Watson por el parque o por la plaza del ayuntamiento. Pero a veces nos limitábamos a dar la vuelta a la manzana.

Acabábamos de salir cuando vi a un compi del cole muy cerca, como esperando a alguien debajo

de un balcón. Era Agustín, Agus para los amigos. Agus es un buen compi. Nunca se mete en líos y siempre puedes contar con él para cualquier cosa. Saludarlo nos venía de paso.

–Os estaba buscando –me dijo.

–¿A Watson y a mí? –me extrañó.

–No –contestó–. A ti, y a Gomo, y a Mati, y a...

–¿Y eso?

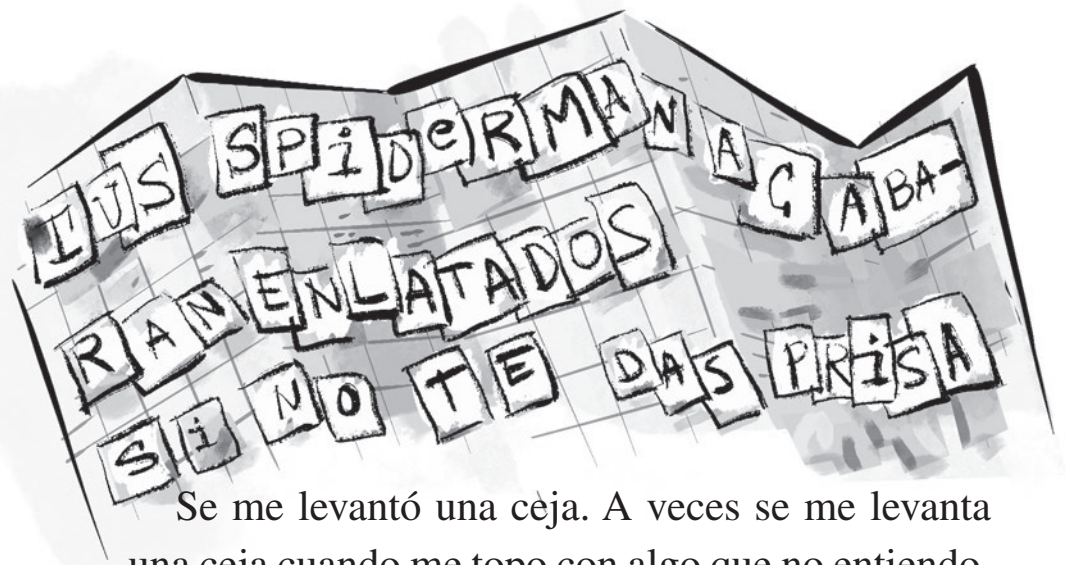
–Necesito que me ayudéis.

–¿A qué?

–A encontrar unos cromos.

Agus sacó un papel doblado de un bolsillo. Lo desplegó y me lo mostró. Era una hoja de libreta. Había un mensaje formado con letras y palabras recortadas y pegadas; unas más grandes, otras más pequeñas. Los recortes se veían sucios, con manchas como las que dejaría cualquiera que hubiese tenido hierros oxidados en las manos.

El mensaje decía:



Se me levantó una ceja. A veces se me levanta una ceja cuando me topo con algo que no entiendo.

–¿Qué quiere decir eso de «tus Spiderman»? –pregunté.

–Debe de referirse a los cromos.

Agus confesó que se había encontrado la nota en el libro de mates, por la mañana, después del recreo. Pero que no sabía quién se la había colado, aunque se lo imaginaba.

–Creo que sé de qué va el mensaje –dijo.

–¿Y de qué va?

–De cinco cromos de mi colección de superhéroes. Los de Spiderman, Hulk, Viuda Negra, el Capitán América y Elektra. Alguien me los quitó hace un par de semanas, poco antes de la movida que se armó en el Pico del Cuervo, la del tesoro. Pensé que igual podíais ayudarme a encontrarlos.

–¿Nosotros?

–Os llaman los Sherlocks por algo, ¿no?

–Bueno, sssí –dije–. Pero la gente exagera, no te creas.

–¿Y podríais ayudarme a buscarlos?

–¿Con lo que pone en el mensaje?

Yo flipaba. A los Sherlocks nos gustaba hacer de detectives, pero no éramos adivinos.

–Pensé que igual se os ocurría algo –respondió Agus con cierto tono de esperanza.

–Bueno –dije–, tengo que darle un paseo a Watson. Pero después he quedado con Gomo y las chicas en la biblio. Acompáñame y nos lo explicas todo.

Si alguien te pide ayuda, no puedes dejarlo tirado debajo de un balcón así como así. Y menos aún si se trata de un compi.

–¡Vale! –exclamó. Así que nos fuimos juntos.

Unos veinte minutos después, entramos en la biblioteca. Gomo, Mati y Wen ocupaban sus lugares de siempre. Gomo se estaba comiendo una manzana. Tenía declarada una guerra contra los bollos industriales de la merienda. Quería perder peso.

Que Agus me acompañara los sorprendió solo el tiempo que necesité para dejar el mensaje de Agus en la mesa y explicarles lo de los cromos. Todo el cole sabía que Agus y algunos otros eran forofos de los cómics de superhéroes. Algunos como Agus eran auténticas enciclopedias. Los Sherlocks teníamos debilidad por Sherlock Holmes y sus aventuras detectivescas. Otros preferían a los superhéroes. Cada uno a su rollo.

Gomo, Mati y Wen leyeron el mensaje. Luego Wen le preguntó a Agus:

–¿Y tú crees que los «Spiderman» son tus cromos?

–Estoy casi seguro –contestó–. Los perdí.

–¿Que los perdiste?

–Bueno, no los perdí. Sé que alguien me los quitó. Y no hace mucho. Antes de la movida aquella en el Pico del Cuervo, la del tesoro.

–¿Y por qué dices que alguien te los quitó?

–Víctor, otro compi, no se creía que tuviera toda la colección, y un día me la llevé a clase para enseñársela. Alucinó. Tenía todos los cromos en unas

fundas de plástico. Todavía no tengo el álbum. Los llevaba en la mochila. Pero unos días después, en casa, me di cuenta de que me faltaban esos cinco. Y son de los más difíciles de conseguir. Ahora ya no tengo la colección completa.

–Vaya –dijo Gomo con gesto contrariado.

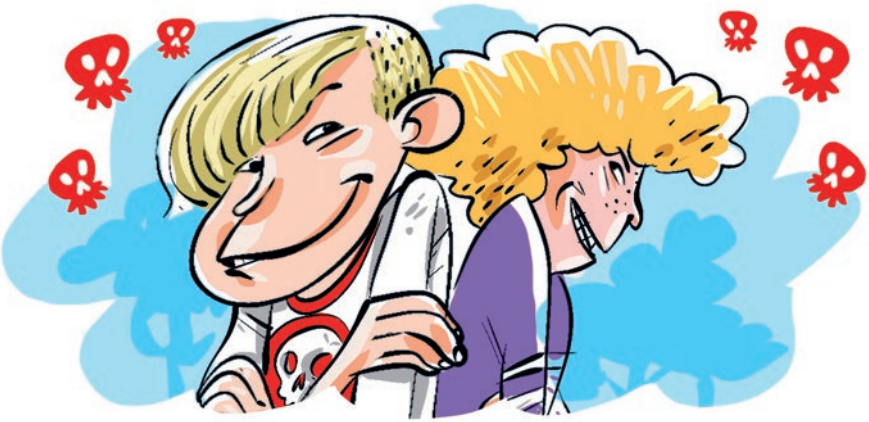
–Estoy seguro de que alguien me los birló sin que yo me diera cuenta el día que se los enseñé a Víctor. Seguramente fue durante el recreo.

–¿Pudo haber sido Víctor? –preguntó Gomo.

–Víctor y yo nos cambiábamos cromos repes. No es ningún secreto. Pero Víctor no es un mangui –aclaró Agus.

Eso era cierto. Víctor era un buen chaval. De los que tampoco buscaban líos.

–¿Y no sospechas de nadie? –pregunté.



–¿De quién lo harías tú? –contestó Agus con una ceja caída, como si se imaginase la respuesta.

No había que pensar demasiado: de Carlos Villalba y Ricardo Pardo, el Bocas y el Pecas para sus amiguetes. Entre ellos se ponen apodos. Al Bocas lo llaman así porque tiene una enorme boca ancha. El Pecas es pelirrojo y muy pecoso. Los dos son una pareja de pelmazos que nos tienen más que fritos. Como no dan pie con bola en los exámenes, se creen superiores en todo lo demás. Se burlan de su sombra. Nos rayan las libretas. Nos lanzan trozos de tiza. O, mientras uno te empuja «sin querer», el otro te pone la zancadilla, como le hicieron a Luis Carbó. A Luis lo llaman Chatarra porque su padre, Norberto, es el dueño de un desguace de coches. Con la zancadilla, Luis se enganchó con una mesa al caerse y se rompió la manga de la camisa. Por cosas así el Bocas y el Pecas nos tienen fritos. Bueno, a todos no. Con Gomo no se atreven. Y con otros como NBA, que es alto y fuerte (juega a baloncesto), tampoco. Con Camilo tampoco se meten porque es el hijo del alcalde.

Una imagen me vino entonces a la cabeza. Gente del pueblo con picos y palas haciendo agujeros por el monte que teníamos cerca, el Pico del Cuervo. Todo tenía que ver con el último caso que habíamos resuelto. Cuando en aquel caso nos acercamos al Pico a investigar, recordé que vimos a Agus con los dos pelmazos discutiendo sobre unos cromos. Gomo no se acordaba. Mati y Wen, sí.

–Ahí fue cuando descubrí que me faltaban los cromos –dijo Agus–. Me imaginé que habían sido ellos los que me los habían birlado, y se lo dije cuando los vi de casualidad en el Pico. Les pedí que me los devolvieran.

–Pero no lo hicieron –añadió Gomo.

–No, pero tampoco estaba seguro de que hubieran sido ellos. Eso sí, se rieron un montón. Dijeron que no sabían nada de mis cromos y me dejaron con un palmo de narices.

–Entonces, si se rieron, es que fueron ellos –afirmó Wen–. Si no hubieran sido, se habrían mosqueado por haber sido acusados de algo que no habían hecho. Los culpables siempre niegan los hechos.